

## La isla del tesoro

### Episodio 13. La verdad jurídica

**Locutor:** El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

**Narrador:** *¿Qué es la verdad jurídica?*

*¿La búsqueda y determinación de sucesos verídicos en un contexto legal? ¿El establecimiento justo y preciso de los hechos de un caso, que sirve para que las decisiones de quien juzga se basen en evidencia y ley?*

*¿Lo que asegura que los procesos legales sean justos y basados en sucesos reales?*

*¿El esclarecimiento objetivo de los hechos a través de la evaluación de pruebas, testimonios y evidencias?*

*¿Es la verdad que sirve para proteger los derechos individuales y a la sociedad en su conjunto?*

Paula deshiló por semanas muchas de las prendas que trajimos. Las donamos con gusto a su pequeño taller improvisado, en el que trabajaba varias horas por día con el apoyo de Nahuel, Gabriel y Margarita.

En un principio el material se utilizó para trenzar redes de pesca y de cacería, cuerdas y mecapales. Después se hicieron hamacas, y también se unieron carrizos para crear esterillas y camas elevadas,

pues no es nada conveniente dormir a ras de suelo; las primeras semanas, nuestros peores demonios eran insectos.

Paula Herrera, que como Lucy Terrazas era veterinaria, tuvo a bien improvisar aquel bastante útil taller de hilado y deshilado. Vivaz, ingeniosa, gentil y muy bonita, Paula inspiró algunos de los encendidos sonetos y canciones del joven poeta Sabino Díaz.

Sabino llegó con su familia en el primer viaje que el trabajo de su padre les permitió hacer. Don Genaro era guardia de seguridad; se dedicó a ello tras diez años de haberse retirado del ejército, con el grado de Teniente. Sabino estudiaba literatura, y formaba parte de la redacción en un periódico local.

El día en que partimos de continente, no bien abordamos el *Iustitia*, el simpático joven fue directo a Paula, se presentó con amabilidad y trabó con ella una sólida amistad que siempre aspiró a convertirse en romance, más allá de las letras y los intrincados hilos de su historia.

Nahuel fue el primero en llegar a la aldea, dando gritos, pidiendo auxilio, llorando, con el habla resquebrajada entre el pánico y el sofoco.

El muchacho labraba la tierra en la loma previa al Faro, cuando se percató de que nadie estaba en su atalaya. Tras llamar a gritos y silbidos al vigía en turno sin recibir respuesta, Nahuel y cuatro de sus compañeros sembradores se acercaron, descubriendo que Sabino, el joven vigía a cargo, yacía inmóvil sobre las piedras de la caverna.

Cuando nosotros llegamos al Faro, notamos que de la cabeza de Sabino se desprendía un hilo de sangre. Estaba frío, sin pulso. Había caído de la atalaya rompiéndose la cabeza, tal vez el cuello.

En lo alto, las correas de seguridad se balanceaban al viento.

La doctora, el capitán, el contramaestre y yo, con auténtico pesar, dimos fe del deceso.

Los padres de Sabino y su hermana eran la viva estampa del dolor, llorando a gritos sobre el lienzo que cubría al cadáver. En algún momento, no entiendo el porqué, el padre le quitó los zapatos y se dirigió a la aldea.

Con el rostro grave, transfigurado y sombrío, daba la idea de un espectro andante, con el calzado de su hijo en la mano. Llegó al centro de la planicie, y ahí, junto a la hoguera principal, colocó los zapatos, para después mirar a los ojos a toda la silenciosa gente que lo rodeaba, y que no se atrevía a acercarse.

El gesto de don Genaro cimbró el ánimo de cada persona: Como violento aviso de ruptura de la armonía. Como entrega del dolor y la angustia, como distribución de la pérdida y la furia, como temible advertencia de venganza. Ojo por ojo.

Y es que el padre de Sabino se percató, antes que nadie, de la navaja enrojecida a un par de metros del cadáver, del tajo en su nuca, de las correas cortadas.

Después nos percatamos nosotros, y al subir a la atalaya también encontramos sangre y señales de lucha. No, no había sido un accidente. Y el dolor... el dolor fue entonces más intenso para todos.

La pequeña navaja era uno de los instrumentos que empleaban en el taller de hilado para cortar, descoser y deshilar y, según Paula y Nahuel, había desaparecido desde hacía semanas. Perdió importancia ante el cambio de tareas y el consiguiente cambio de herramientas.

Esta mañana, muy temprano, Sabino había pasado silbando, con un libro bajo el brazo, y saludó al pequeño grupo de sembradores, que bebían té juntos antes de iniciar la labor del día.

Nahuel se acababa de incorporar. El resto del grupo lo componían don David y su hermana Isabel, don Anselmo, Pablo y Rosario. Todos describieron el andar airado de Sabino como contento, espabilado por el frescor tempranero. Acompasado con la alegre tonadilla que silbaba.

El día transcurrió completamente calmo hasta que el sol llegó al cenit, momento en que hicieron una pausa y Nahuel volteó a ver a la atalaya. Luego todos lo hicieron, y gritaron y chiflaron y les dio un vuelco el corazón no ver a nadie, no oír a nadie. Sólo el ruido de los pájaros, más intenso que nunca.

El amanecer también había sido muy ruidoso; los perros ladraban y aullaban. Sabino pasó cerca y les tiró un bocado. Ninguno lo siguió.

Por varias semanas, Gabriel Treviño buscó el amor de Paula. Ella lo apreciaba, como buen amigo, compañero del taller de deshilado, como el mejor anudador de la isla, pero nunca se miró en sus ojos. Sabino parecía más cercano a ella, y Gabriel rabiaba cuando los veía platicar, leer o apartarse a ver juntos el atardecer.

Así fue hasta que Gabriel se hizo novio de Margarita. Lo desencantó la mediana indiferencia de los ojos de Paula, a la par que se prendaba de la sonora voz de Margarita, su sentido del humor, su alegría.

Pero eran novios a escondidas, y nadie fuera de ellos lo sabía, y cuando vimos el trágico fin del poeta vigía, y descubrimos la navaja, muchos de nosotros temimos que, poseído por los celos, Gabriel se hubiera ahogado en un acto visceral, un error gravísimo, un atropello a sus valores más sagrados.

En cuanto lo encontramos, condujimos a Gabriel a la casa del Consejo, y ahí lo mantuvimos vigilado. Al saber lo ocurrido, Gabriel tornó sombrío y juró que nada tenía que ver con los terribles sucesos, y lloró abiertamente, doliéndose de la pérdida de quien nunca fue su amigo, pero sí una persona respetada, noblemente envidiada, si eso existe.

*En su ropa había rastros de sangre.* Y cómo no, si venía de cazar un jabalí, que cargó hasta la aldea con otros tres cazadores, que fueron con él, al amanecer, hasta el lado norte de la isla, y con él regresaron a la aldea.

Sabíamos que decía la verdad. La Doctora Soto analizó la sangre para confirmar la versión.

Teníamos miedo de lo que Don Genaro quisiera hacer a Gabriel. Para él, era el principal sospechoso de arrancar la vida a su hijo. Era urgente probar la inocencia de Gabriel.

Y era urgente hallar a la persona responsable de la muerte de Sabino. Y encontrar pruebas fehacientes de esa responsabilidad.

Por otra parte, teníamos mucho miedo de descubrir que esa persona fuera alguien de la comunidad, pero teníamos más miedo de descubrir que no fuera así.

Cada día estamos más seguros de que en la isla hay alguien más. *Y no parece amistoso.*

**Locutora:** A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

**Narrador:** La Isla del Tesouro.

**Locutor:** No te pierdas el próximo episodio.